

Gente Que Pasa

Por MARINO GOMEZ SANTOS

La Argentinita: 21 años después

El tiempo se ha remansado en esta casa de la calle General Goded. Encarnación López (La Argentinita) vivió aquí; el sábado pasado, día de la Merced, se han cumplido veintiún años de su muerte, en Nueva York. Pero su hermana Pilar no ha querido mover un solo mueble, y todo permanece como Encarnación lo dejó.

En el salón está el piano de cola donde Federico García Lorca interpretaba sus romances, que el maestro Navarro, pianista de la Orquesta Bética de Sevilla, iba recogiendo de boca de Lorca para formalizarlos en el papel pautado, salvándolos de la improvisación genial del poeta. Y sobre el piano, las fotografías dedicadas por la Reina Victoria, por la Infanta Isabel, por María Guerrero.

En baúles y armarios se conservan los trajes regionales de La Argentinita, sus zapatos, sus batas de cola, su ropa personal. Hasta los últimos cigarrillos que tenía en la mesilla de noche de la clínica.

—Si un día se hace, como dicen, el museo en el teatro Real, donaré los trajes de mi hermana —nos dice Pilar López.

En óleos, dibujos, fotografías, La Argentinita sobrevive en su sonrisa. El tiempo no ha borrado aquí su presencia. Y Pilar vive en esta casa como si su hermana durmiese en la habitación de al lado todavía.

—Aunque mi repertorio artístico se ampliase mucho con el tiempo, aún conservo en él obras que mi hermana coreografió: el «Bolero de Ravel»; «Fantasia Goyesca», arreglo de la obra de Granados; una reducción de «Agua, azucarillos y aguardiente»...

La Argentinita sobrevive también en el ambiente del baile. Ella sacó a los gitanos de sus cafés cantantes andaluces y los subió, por primera vez, al escenario de un teatro, nada menos que del teatro Español, de Madrid, cuando presentó su Compañía de Bailes Españoles. Aún se recuerdan las «Calles de Cádiz» y «Nochebuena en Jerez». Y ella estrenó los romances de Federico García Lorca, con decorados de Fontanals, Bartolozzi y Santiago Ontañón.

En un país como el nuestro, con tanta capacidad de olvido o con tan poca estimación póstuma para con las grandes mujeres o con los hombres ilustres —cuyos retratos suelen terminar en las Américas del Rastro—, es bonito poder decir que La Argentinita tiene su casa de Madrid abierta y que, al cabo de veintiún años de su muerte, aún figura en la lista de teléfonos.



LA PALABRA «GREGUERIA»

CAMINA despacio, pensativo, pegado a las fachadas de las casas, con unas gafas negras y dos cuadernos de estudiante bajo el brazo. Sube por la calle del Prado y entra inevitablemente en el Ateneo de Madrid, donde tiene un pupitre reservado desde 1919. Este aplicado caballero es Eugenio Montes, que, aunque es académico de la Española desde hace más de veinte años, aún no se ha decidido a leer su discurso de ingreso.

Fué corresponsal de guerra, brillantísimo, en Berlín y en Roma, cuando esa labor era encomendada como máximo galardón a los jóvenes maestros del periodismo.

Un día decidió quedarse al margen del compromiso diario con la actualidad, para dedicarse a laboriosos trabajos de investigación y para ser uno de los primeros oradores del país, con quien se contó en juegos florales, actos políticos y banquetes literarios.

Tiene los ojos cansados por las muchas horas de su vida que ha pasado leyendo en los libros bajo la luz eléctrica. Mantiene aún el pulso firme para trazar esa caligrafía prodigiosa, casi dibujada, con que redacta sus notas eruditas.

—Desde hace siete años preparo un trabajo de investigación de gran empeño sobre los españoles en Italia, que constará de cinco volúmenes. Los dos primeros tratarán de «Los españoles en la antigüedad romana» y «Los españoles en la Edad Media italiana». El primero de éstos aparecerá en 1967.

Pero Eugenio Montes posee, además, un arsenal de conocimientos de la pequeña historia de los hombres y de las cosas de nuestro país, cuya información está siempre perfectamente al día.

—¿Qué cosa curiosa ha descubierto últimamente en sus lecturas de pasatiempo, no de investigación?

—Por ejemplo, que la palabra «greguería» no la empleó Ramón Gómez de la Serna el primero. Hay un libro del siglo XIX, en el que don Aureliano Fernández Guerra, en el prólogo a las obras de Quevedo, emplea «greguerías».

Es muy probable que Ramón, que era muy quevedesco, tomase de ahí la palabra que luego popularizó.

Eugenio Montes, director del Instituto Español de Literatura, de Roma, pasa unos días en Madrid, consultando libros sobre su pupitre de sus años de estudiante.

PUEBLO, 27 Sept. 1966.